

PIZARRO Y LOS TRECE DE LA FAMA

I

Me llamo Alonso Ruiz, y soy natural de Medina de Rioseco, cerca de Valladolid, allá en Castilla. Viajo con otros 82 hombres a lo largo de la costa oeste de este maldito continente que no tiene más que humedad, alimañas y promesas de riquezas que cada vez parecen más ilusorias. Hace ya muchos meses que salimos de Panamá buscando dineros y gloria y aún no hemos encontrado lo primero ni merecido lo segundo.

Y las condiciones empeoran día tras día. Las tormentas se suceden con tanta frecuencia como los caídos por escorbuto o por sed. Cansados de vivir nada más que del magro alimento de los sueños de grandeza inspirados en nombres como Cortés o Núñez de Balboa, los menos de cien hombres que aún acompañamos a Pizarro empezamos a desesperar. Algunos lamentan no haber tenido la suerte de volverse con Almagro a Panamá, donde fue con la intención de conseguir más voluntarios para extender la conquista por el sur, ya que ahora no son pocos los que empiezan a temer que nunca más lo volveremos a ver.

Durante este tiempo hemos sufrido diversos ataques de los indios de la costa, que nos impiden acceder a tierra con la frecuencia que nos gustaría. Los indios atacan con una mezcla de asombro y desesperación, pues la mayoría de los que se encuentran por estas latitudes no tienen noticia aún del cristiano, y desconocen tanto nuestras costumbres y nuestro aspecto como nuestras armas. Se acercan acechando con grandes voces a las embarcaciones, pero bastan dos o tres disparos para espantarlos y poder viajar tranquilos al menos unas cuantas millas.

Sin embargo, no es a los indios a lo que más tememos los marineros embarcados con Pizarro, sino al hambre, a la sed, y sobre todo, al fracaso. Aunque muchos de nosotros sólo pensamos ya en volver como sea, somos conscientes de que eso supondrá la ruina, pues ésta ha de ser nuestra última posibilidad de escapar de un futuro incierto y poco esperanzador.

En los últimos días los rumores se multiplican, las lenguas se desatan y los marineros se atreven cada vez más a expresar su malestar. Pizarro tiene cada día peor humor, y ya llevamos demasiado tiempo en esta llamada isla del Gallo esperando que vengan los hombres y víveres que Almagro prometió traer. Durante el trayecto hasta aquí, de vez en cuando, aparecía una isla salvadora que nos daba cobijo y alimento durante un tiempo, hasta que aparecían sus pobladores. En

ocasiones incluso después de aparecer éstos podíamos quedarnos un tiempo, ya que algunos son gentes pacíficas y con los que podemos negociar con algunas fruslerías y cristalitos, que les encantan. Cuando se miran en un espejo por primera vez no paran de reír, y verles tan contentos por tan poca cosa nos hace reír a nosotros. Entonces empiezan las negociaciones, pero aún no hemos conseguido gran cosa porque por estas tierras no aparecen por parte alguna las riquezas que anhelamos. Tenemos en nuestras bodegas coronas de plumas, animales extraños y pinturas con las que adornan sus cuerpos, mas nada realmente de valor para nosotros.

Pero en las últimas jornadas ni siquiera estos encuentros han tenido lugar. Ningún habitante. Nada. Sólo desolación, desesperación y la insoportable sensación de que nunca saldremos vivos de esta isla del diablo.

II

Al fin llegó Almagro. Y con él víveres, hombres y noticias del Panamá. Y también la absurda orden de que debíamos volver a casa. Pero cómo obedecer cuando casi ninguno de los que estamos aquí tenemos nada más parecido a un hogar que el viejo navío que nos ha traído hasta aquí. Según los hombres que vienen con Almagro las historias de ese reino de Perú que ha llenado nuestras cabezas de oro y riquezas son falsas y están inventadas por enemigos de su majestad. Este dato no aclara mucho, pueden ser franceses, ingleses o incluso antiguos guerreros mexicas. Demasiados enemigos. Pero el caso es que alguien hizo correr el bulo de que existía un reino riquísimo en las tierras del sur, un reino aun más grande y poderoso que el de Moctezuma. Pizarro, Almagro y ese cura llamado Hernando de Luque creyeron todas estas historias, y nosotros también. Ahora parece que esto no es así, y si antes teníamos dudas, ya no nos queda ni eso.

Todos estamos hundidos, en el campamento no se oye un alma, las noches son ahora más oscuras y ni siquiera oímos o vemos a ningún indio en los alrededores. Es como si se hubieran enterado de que nos volvemos y no quisieran que cambiáramos de opinión. Pero lo de Pizarro es todavía peor. Se pasea como alma en pena, sin ver y oír a nadie. No come, apenas bebe, y lo único que ha pedido es poder hacer alguna incursión en el continente como último intento antes de volver.

Los demás esperamos ansiosos la vuelta de esa expedición que supone nuestra última oportunidad. Si cuando vuelvan no han encontrado nada, habremos de

embarcarnos de nuevo, con las manos apenas llenas de baratijas y con nuestras cabezas llenas de sueños incumplidos. Los marineros lo sabemos, y por ello nos turnamos en acechar el horizonte la llegada de la chalupa enviada a tierra firme. A cada rato creemos verla, y en nuestra imaginación llega cargada con todo el oro que pueda haber en estas tierras. Pero después de ocho jornadas, cuando al fin vuelve el bote enviado, las caras de nuestros compañeros reflejan la desesperación. No hay rastro de ese famoso reino del Perú, ni de riquezas, ni siquiera de indios que puedan volver a engañarnos.

III

Ya no hay otra salida. Mañana nos volvemos a Panamá, tal y como se nos ha ordenado. Nuestro viaje, como tantos otros, ha sido un fracaso. Y quizá nunca debimos hacer caso a los tres lunáticos que lo organizaron. Sus sueños y fantasías se mezclaron con nuestra hambre cuando nos iban reclutando.

Cansados, sedientos, frustrados. Esa es la imagen que reflejan los hombres de su majestad imperial. Nada más lejos de los ricos ropajes y adornos preciosos de los que se hace gala en la corte. Si el mundo tuviera que temer el poder del rey de España por la elegancia de sus tropas pronto seríamos una provincia francesa. Pero el poderío de la flota y los ejércitos del emperador se miden por el valor de sus hombres, y de eso andamos sobrados, aunque en este momento no lo parezca. Nuestras ropas muestran el paso de los meses y la escasez de agua, nuestras barbas son harto más largas de lo que sería menester y nuestra piel revienta cuarteada por el sol y por el viento.

De esta guisa nos disponemos a escuchar las últimas palabras que tiene que dirigirnos Pizarro, que suponemos que irán encaminadas a mantener al menos la escasa moral de la tropa durante el camino de vuelta.

Reunidos en la playa todos los hombres, nuestras miradas se dirigen alternativamente al nublado y pesado cielo tropical y a la fina arena de una playa inmisericorde que no nos ha dado más que disgustos. No tenemos fuerzas para soportar una larga arenga y algunos hombres se han acomodado bajo los árboles. Pero Pizarro los hace levantar, llama a los más recelosos por sus nombres y les insiste en que lo escuchen, quizá por última vez.

Tras unas breves palabras de agradecimiento y satisfacción por el comportamiento de sus hombres en esta dura temporada, el extremeño calla. En sus ojos puede verse la decisión inquebrantable que ha tomado, y sus titubeos son sólo fruto de las dificultades que encuentra para hacernos partícipes de la misma. Saca la espada de su vaina, la levanta como si fuera un cetro y nos vuelve a mirar inquisidor.

Entonces realiza el gesto que habría de decidir nuestro futuro. Baja de nuevo el arma hasta el suelo, lo hunde en la arena, y, sin quitarnos la vista de encima, traza una línea que lo separa de nosotros. Cuando termina, envaina de nuevo la espada y exclama con voz profunda:

- Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere.

Las palabras nos enardecen, y algunos muy decididos cruzan la línea sin pensar. Pero el miedo, o la prudencia... o el agotamiento, hacen dudar a los demás. Sólo trece valientes, trece insensatos, cruzan la raya al fin. Yo no estoy entre ellos. Puede que por eso esté con vida y con las fuerzas suficientes para escribir este diario mientras volvemos a Panamá. Sólo Dios sabe lo que les espera a los trece desdichados que han quedado en la isla para unir su futuro para siempre al de Francisco Pizarro.